

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION
12 reales fuertes
AL MES
EN LA HABANA.
\$5-25, papel, trimestre
EN EL INTERIOR
Franco de porte



DIRECCION
y Administracion
OBISPO NUMERO 50
A DONDE
SE
DIRIGIRAN
TODAS
LAS COMUNICACIONES
Y
reclamaciones.

EL MORO MUZA.

PERIODICO DE LITERATURA, ARTES Y OTROS INGREDIENTES.

DIRECTOR PROPIETARIO:
DON MIGUEL DE VILLA.

FUNDADOR:
D. JUAN M. VILLER GAS.

CARICATURISTA:
D. VICTOR P. DE LANDALUZE

VENTA DE BILLETES.

Si fuésemos á enumerar, aduciendo pruebas, con datos irrecusables, que el público nos proporciona á manos llenas, los abusos que en la venta de billetes de lotería se cometen en la Habana y otros pueblos de la Isla, sería el cuento de nunca acabar, porque este enojoso asunto es más elástico aún que la cuestión del célebre remate adjudicado á la casa encargada hoy de la impresión, cada vez peor, de los referidos billetes. Y es cuanto se puede decir.

Nos referiremos únicamente á las colecturías, puntos á donde dirigen sus principales tiros los jugadores, víctimas de la escandalosa *prima* que cobran los billetteros ambulantes, pues aquellas, y sólo aquellas, son el origen del mal por todos lamentado, conforme la opinión de los que observan los manejos de las mismas y están al corriente de sus operaciones.

Fueron creadas tales colecturías, al mismo tiempo que se anuló el contrato de venta del total de los billetes á una sociedad determinada, con objeto de que el público se librara del excesivo premio que se le hacía pagar sobre el justo valor de cada fracción, dictándose, al efecto, varias disposiciones, de las cuales es quizás la única que se cumple religiosamente, la de poner á la puerta de cada colecturía una tablilla, diciendo: *no hay billetes*, cuando éstos se hayan concluido.—Pasmosa es la exactitud de algunos colectores, en la observancia de ese mandato, pues no parece sino que madrugan el día en que deben ponerse al expendio los billetes de cada sorteo, para colocar la consabida tablilla.

Sin embargo, hay quien asegura que en esas mismas colecturías, que anuncian al público la conclusión de los billetes, se encuentran éstos hasta siete días después; pero no al precio marcado por la administración de la renta, sino con un aumento que obliga á los billetteros ambulantes á cobrar una *prima*, que monta en ocasiones á más del doble de la señalada en el reglamento vigente, porque ellos se surten en las colecturías, y si éstas comienzan por atropellar la ley que deben respetar, no es extraño que los revendedores abusen también, impelidos por tan censurable proceder.—Lo que en este sentido pasó con

el sorteo extraordinario, celebrado en Abril último, merece fijar la atención de los encargados de velar por los intereses de la Hacienda. Desde las primeras horas del día señalado para empezar la venta de los *billetes encarnados*, no se encontraba ni una sola fracción en ninguna colecturía, mientras que los revendedores, en plazas, calles y cafés, pretendían que se les abonase un sobre-precio elevadísimo por cada vigésimo. En vista de eso, el público se retrajo, la demanda de billetes fué decreciendo, hora tras hora, y en definitiva resultó que la víspera del sorteo, los billetes eran ofrecidos en todas partes con descuento, hasta de treinta por ciento, por los mismos que dos semanas antes llegaron á pedir trece pesos por un vigésimo.

Lo que acabamos de referir, basta para dar una idea del monopolio que existe y de los abusos que se cometen en la venta y reventa de los billetes de la lotería; pero aún es más grave lo que de público se dice, acerca del mencionado sorteo del millon: que las colecturías devolvieron á la administración general del ramo muchos de los *billetes encarnados*.....

Al llegar á este punto, le entran á uno ganas de no continuar y hasta de desmayarse. Harémos lo primero, dejando lo segundo para mejor ocasión, con el ofrecimiento de seguir la comenzada obra, en nuestro próximo número.

EL MORO MUZA

CORREGIR AL QUE YERRA.

Aunque profeso la doctrina mahometana, quiero hoy practicar la obra de misericordia del catecismo cristiano que sirve de título á las presentes líneas, dirigiéndome al *zurriburri literario* de Santa Clara, en que figuran *Mauro de Lecin* y comparsa.

Esa caterva de *pichones de sinsonte* se ha desatado en impropiedades contra el árabe *Adfag*, desde que éste se cuenta entre los colaboradores del moruno semanario, censurándole á troche y moche, en artículos sin piés ni cabeza, mientras que yo, al oírlo, digo para mis adentros:

“Si la envidia fuera tiña,
Cuántos tiñosos hubiera!”

Y uno de los puntos á que los flamantes Zoilos de las faldas del Escambray enderezan sus tiros, es el *verso libre* que se nota en los tercetos de un soneto, escrito por aquel simpático correligionario mio, refiriendo un diálogo habido entre el *Maestro ciruelas* de los *cinco dolores* y su dignísimo compinche *Raoul*.—¡Perdónalos Alá, que no saben lo que hacen!—Dicen ellos que solamente á *Adfag* se le hubiera ocurrido lo que, en concepto de los mismos, es una grave falta, un disparate, pretendiendo así poner de manifiesto la insuficiencia artística del agareno, respecto á composiciones poéticas; y yo les replico que sólo á ellos pudiera venirles á las mientes semejante absurdo, que revelaría su profunda ignorancia, á no hallarse ya probada ésta en distintas ocasiones y con diferentes motivos.

Esclarecidos poetas han confeccionado sonetos iguales al compuesto por *Adfag*; y no voy á citar en mi apoyo á los que atropellan las prescripciones del arte, por seguir la errónea escuela del romanticismo moderno; no, me concretaré á las líricas de los siglos XVI y XVII, cuyas obras, coleccionadas por el distinguido literato D. Adolfo de Castro, tengo en este momento ante mis ojos.

La página 40 contiene, entre otros, el siguiente soneto de Gutierre de Cetina:

“En un olmo Vandalio escribió un día,
Do la corteza estaba ménos dura,
El nombre y la ocasión de su tristura:
Después, mirando al cielo, así decía:

Tanto crezcas ¡oh bella planta mia!
Que al más alto ciprés venzas de altura,
Y tanta sea mayor tu fermosura
Cuanta aquella de Dórida sería.

Crezcan al par del olmo en su grandeza
Las letras del amado y dulce nombre,
Y en él hagan perpétua su memoria;

Porque los que vendrán sepan que un hombre
Levantó el pensamiento á tanta alteza,
Que es digno al ménos de inmortal renombre.”

Del mismo autor es este otro, (página 46) que tiene dos versos libres en los tercetos:

“Como la oscura noche al claro día
Sigue con inefable movimiento.

Así sigue al contento el descontento
De amor, y á la tristeza la alegría.

Sigue al breve gozar luenga porfía,
Al dulce imaginar sigue el tormento,
Y al alcanzado bien el sentimiento
Del perdido favor que lo desvía.

De contrarios está su fuerza hecha,
Sus tormentas he visto y sus bonanzas
Y nada puedo ver que me castigue.

Ya sé que es lo que daña y aprovecha;
Mas ¿cómo excusará tantas mudanzas
Quién ciego tras un ciego á ciegas *cirre*?"

D. Francisco de Medrano tiene entre los suyos el que, tomado de la página 358, reproduzco á continuación:

"¿Quién jamás en tan luengo y espacioso
Proceso de los siglos ha nacido,
Y en mundo tan sin términos tendido
Que usurpar ose el nombre de dichoso?"

El sobresalto solo temeroso
De cambiar suerte á aquel (si alguno ha sido,
Que más pródigo el cielo ha enriquecido
Para hacerlo infelice es poderoso.

Y ¿cuántos, Sergio, á cuántos traen á extremos
Males, extremos bienes, estos bienes
Que los blasfemas junto y los adoras?

Mas cuando otras miserias no acusemos,
¿Cómo bien será alguno *aventurado*,
Si hombre ninguno hay sabio á todas horas?"

Copiar pudiera yo todavía media docena de ejemplos, entre los cuales tuviesen plaza el soneto de Arguijo *A Icaro*, y otro de Góngora *A Lope*; pero basta ya, para convencer al zurriburri de que ha tocado el violon, á las mil maravillas, cuando afirma, como prueba de la insuficiencia literaria de *Adfag*, que sólo á este pudo ocurrírsele la composición de un soneto en la forma indicada. Un palmo de boca, quedándose con otro de narices, abrirán *Mauvo* y sus satélites, cuando lean estos renglones.....
¡Aaaaaa!

ALMANZOR.

DEFENSA DE LOS GALICISMOS.

Creen muchos majaderos, entre ellos el impertinente Baralt, que los galicismos afean y envilecen el idioma castellano, quitándole el nervio y gala de su sonoridad.

Mentira parece que prevalezca semejante opinion, tan absurda como ridícula. Los galicismos son modos de decir muy donosos, que respiran todo el *sans facon* de París de Francia, y que evidencian, la cultura de quien los usa y apadrina. Por otra parte, locuciones hay en francés tan expresivas que no pueden verse, sin perder su graciosa intencion, á ningun otro idioma. Prueba al canto.

¿Cómo diablos se traduce en buen español, la frase *comme il faut*? ¿Qué equivalencias hallamos en nuestra lengua, de las palabras *toilette, sans facon, calembourg, soi-disant, scirée, bouquet*, etc., etc?

Ademas el buen tono pide que se use de palabras francesas en las conversaciones de las personas *comme il faut*, porque de no, se incide en el censurable extremo de la *curulería*, ó sea, en la chocarrera jerga del pueblo bajo.

¿Quién, que de aristócrata y bien nacido se precie, comete, por ejemplo, el pecado mortal de decir que este ó el otro *enamora* á Fulanita? Lo bien dicho, lo que priva, es *hacer el amor*, como tambien priva *hacer el oso*, diga lo que quiera el escrupuloso Baralt.

A propósito de *hacer, amor*.

En noches pasadas un jóven *apretaba*, con sus requiebros, á una linda niña, y cuando ésta se disponía á colmar los deseos del mancebo, ¿saben ustedes lo qué hizo el chico? Pues la echó á perder, diciéndole á la niña:

—Señorita: si yo la enamoro á V. es porque la amo apasionadamente.

La jóven, revelando en el semblante la mayor frialdad, dió al galan el *no más redondo* del mundo, acompañado de esta frase cruel:

—Caballero: V. no sabe *hacer el amor*.

Y dijo verdad la niña.

Se objeta, contra la hermosa literatura galicana, que los autores clásicos españoles huían y se curaban mucho de los galicismos, para conservar, en todo su esplendor, la pureza de nuestra habla, y que, por ende, en los libros de tales escritores, no se tropieza nunca con vocablos franceses ni aun con frases de construcción transpirenaica. Y yo respondo que en tiempos de antaño *la Francia*, con ser ya una nacion ilustre, no ejercía en la vida y concierto de los demas pueblos la inmensa y trascendental influencia que en nuestros dias. Hoy, por do quiera y en todas las cosas, se observa la huella, la *marca* de Francia. ¿Qué más? En la misma Alemania se baila el *cancan*, palabra que, dicho sea de paso, se ha naturalizado como española en el Diccionario de la Academia.

Si se adoptan las modas francesas, y se practican ó se pregonan las ideas modernas, cuya proclamacion nadie puede disputar á Francia, y esta república, quieran que no los alemanes, es la cabeza de la civilizacion, ¿por qué hemos los españoles de hacer ascos á los donosos, intencionados y expresivos galicismos?

Tal es la peregrina opinion de

IBRAHIM-ZARAGATE. (1)

DIBUJOS SIN NOMBRE.

XII.

Buen patricio, fiel, honrado,
Consecuente, afable, puro,
Bajo de cuerpo, ya duro,
Y siempre muy afeitado.

Hoy conejal y marqués,
Ayer fué corregidor;
Ferviente culto al amor
Rinde galante y cortés.

Cuando logra una conquista,
No cabe en sí de alborozo:
No es gallardo, ni buen mozo,
Aunque tiene bella vista.

Cual si fuera un mozalvete
Va en pos de quien le acaricie,
Mientras cubre su calvicie
Con los rizos de un casquete.

Por eso una niña euca
Murmura de él, y es notorio,
Que le pega el ser Tenorio
Cual le pega la peluca.

SOLIMAN.

LA CARETA AZUL.

Se casó á los veinte años con la mujer que su padre le destinó desde niño; tuvo tres hijos que, segun la opinion de una vecina suya, se murieron de puro feos los pobrecitos; fué siempre á paseo con su esposa y su suegra, á quien llamaba *mamá Gregoria*; no cometió ni la más leve infidelidad en veinticinco años de matrimonio; y llevó siempre con paciencia su nombre de Silvestre y su apellido de Calegon.

¡Y cuidado, señores, que para llamarse Silvestre Calegon se necesita paciencia!

Pues tal era el hombre que tengo el honor de presentar á mis lectores, y que vive en la

(1) Mi natural modestia me prohibe aceptar, sobre esto asunto, ningun género de discusion.

calle de la Berengena, número 12, cuarto principal.

A las once de la noche, hora en que acostumbra acostarse, un sábado del mes de Febrero del año próximo pasado, se hallaba D. Silvestre despidiéndose de su esposa y de su mamá política.

—Abrigate bien, Silvestre, le decía ésta, no vayas á coger una pulmonía.

—No tenga usted cuidado, mamá Gregoria, contestaba aquel tímidamente á su suegra, á la cual tenía más miedo que al demonio, y eso que era excelente católico.

—¿Cómo te voy á echar de ménos! le decía su esposa.

—Es la primera vez que no paso la noche en casa, ¡y harto lo siento! exclamaba D. Silvestre.

Y despues de dar un casto beso en la frente á su mujer, y de decir á su suegra "que usted descanse," salió de casa, embozándose hasta los ojos.

¿Cuál era la causa poderosa que obligaba á D. Silvestre á salir á la calle en horas para él completamente desusadas?

Segun había dicho á su suegra, la enfermedad gravísima de su jefe inmediato, al cual veían por turno todos sus subordinados, tocándole á D. Silvestre aquella noche.

Pero esto no era sino ese vulgar pretexto de que tantos esposos se han valido, para echar una cana al aire; proyecto que nuestro D. Silvestre había acariciado mucho tiempo, sin atreverse á ponerlo en práctica, hasta que un amigo le decidió á ello, regalándole un billete para el baile de máscaras que aquella noche se verificaba en el Teatro Real.

Felizmente ni mamá Gregoria ni su esposa habían sospechado nada, y D. Silvestre salió á la calle contento como un muchacho que hace novillos por vez primera, y se dirigió al café de Fornos, donde su seductor amigo le esperaba.

Cenaron juntos, bebieron Jerez y tomaron ponche de coñac.

D. Silvestre perdió con la última copa el último resto de timidez, y salieron del café, dispuestos á pasar una noche de aquellas que en sueños había él visto tantas veces.

El salon del Teatro presentaba un aspecto deslumbrador. Cuando entraron los dos amigos se bailaba un vals, y el torbellino de parejas, y la luz, y el calor, y los gritos, todo eso que solo se encuentra junto en un baile de máscaras, acabó de sacar á D. Silvestre de sus casillas.

Como para asistir decentemente á tal diversion era preciso vestirse poco ménos que de etiqueta, y él no podía hacerlo para velar á un enfermo, iba con gaban y camisa de color; pero con objeto de evitar que algun amigo le viese y llegara la noticia hasta su esposa, se plantó un dominó y una caretta, y mucho más valiente disfrazado, llegó á convencerse de que era todo un calavera, y se lanzó en medio de los que bailaban, decidido á buscar pareja entre las bellezas de toda especie con que tropezaba á cada momento.

Al vals siguió una redowa; D. Silvestre bailó con una beata, despues con una cantinera, y luego con una Madama Pompadour.

Pero ninguna de las tres quiso comprometerse á bailar más con él, porque les deshizo los pies á pisotones. ¡El infeliz no había bailado nunca!

Algo desanimado por estas contrariedades, que le hacían desesperar de una conquista con que había soñado, llegó el intermedio de descanso, y su amigo le hizo subir á un palco donde otros cenaban.

D. Silvestre bebió champagne, brindó en verso, dijo á gritos que odiaba á su suegra, tiró la caretta que le sofocaba, y se lanzó de nuevo al salon, atropellando á todos, echándose de valiente, gracias á lo cual no le rompieron el alma ochenta veces, y ya se proponía invitar pa-

ra la polka próxima á una linda jardinera, cuando una mujer de buen porte, con capuchon de color de rosa y careta azul, le saludó llamándole Teodorito.

—Yo no me llamo así; me confundes con otro, dijo D. Silvestre.

—¡Tunante! dijo la máscara, dándole en el brazo un pellizquito muy dulce; ¿crees que no te conozco? Tú eres Teodorito García, y eres vecino mío y me has hecho señas muchas veces desde tu balcon.

D. Silvestre miró á la enmascarada, y observó á través de la careta unos ojos muy negros y muy vivos, y por debajo una barba redonda y fresca con un hoyito en medio, y una boca graciosa que dejaba ver la dentadura blanca y menudísima. Al ver todo aquello, se dijo para sus adentros D. Silvestre:

—¡Pues señor, conquista tenemos! Poco importa que me confunda con otro: mejor que mejor.

Y un nuevo pellizquito de la desconocida acabó de decidirle, lanzándose con ella á los arrebatos de una polka íntima.

La de la careta bailaba peor que D. Silvestre, pero trotaron juntos, y al terminar aquel baile, deseoso de conocer á su pareja, la invitó á cenar.

Ella aceptó y cenó con extraordinario apetito, mientras D. Silvestre por tomar algo bebía copitas de coñac.

Al final de la cena, que despachó la desconocida por debajo de la puntilla de su careta, que no quiso quitarse, D. Silvestre estaba fuera de sí. Interesado vivamente en conocer á aquella mujer, cuya conversacion le parecía deliciosa, y cuyos encantos físicos se adivinaban detras del antifaz y bajo los anchos pliegues del capuchon, deseaba ver la cara.

Pero ella no cedía.

—Cuando salgamos del baile, me conocerás, Teodorito.

Esta era su contestacion, y comprendiendo D. Silvestre que estaba decidida á no quitarse la careta sino fuera del teatro, le propuso retirarse antes de que terminase el baile.

—Te acompañaré hasta tu casa.

—No hay inconveniente.

—Tomaremos un coche.

—Me parece bien.

D. Silvestre se puso contentísimo. Alquiló una berlina, y cuando preguntó á su conquistada pareja las señas de casa, para indicárselas al cochero, ella dijo hablan lo por primera vez con su voz natural y quitándose la careta:

—¡Berengena, 12!

—¡Mamá Gregoria! exclamó D. Silvestre, y cayó desmayado.

BOARDIO EL CHICO.

INGREDIENTES MIOS.

Leo en un diario inglés, con extrañeza y con los ojos (si otra cosa no se dispone) que un *lord* muy encopetado, solicita, para casarse con ella, una mujer joven, bonita y de mucha capacidad.

Y no me extraña, no, que un *lord* quiera dar su enguantada mano á una chica bonita, porque todos los hombres, salvo excepciones de mal gusto, cuando se deciden á casarse, apetece ó escogen una muchacha que valga la pena... del matrimonio: lo que me dá mucho en qué pensar de la solicitud del *gentleman* es su deseo de que la muchacha á quien dé su nombre y honores, tenga mucha capacidad.

¿Con que mucha capacidad, Sir? Pues mire V., yo le aconsejo que tenga mucho ojo, porque hay capacidades engañosas.

—

Mi magestuoso correligionario el Sultán ha sido destronado.

¡Caramba! ¡También se permiten semejantes libertades los ridículos monárquicos de la Sublime Puerta? Y yo que creía de todo corazón que los turcos no eran revolucionarios.

Pero ¿por qué habrán descoronado aquellos musulmanes á S. M. Otomana? ¿Por negar derechos políticos al pueblo? No, eso no sería posible, puesto que en Turquía andan derechos todos los súbditos.

Entonces habrá sido la causa del destronamiento, á no dudarlo, la viciosa costumbre del Sultán de coger, un día sí y otro también, dos ó tres *turcas* de lo más fino.

Deploro la caída *sultánica*; pero, de otra parte, me alegro, porque así S. M. Otomana no seguirá tomando, impunemente, las *turcas* que le vengan en voluntad.

Y ¡viva la moral!

—

Mi amigo Jacobo, artesano pobre y honrado á carta cabal, se prendó de una chica muy guapa, llamada Felicia. Esta no hacía ascos á los requiebros de mi buen amigo; pero un día puso la niña mal gesto á la amorosa pasion del muchacho, por la sencilla razon de que otro joven, de muchas campanillas, y que tenía por mal nombre César, empezó á servirla rendidamente.

Jacobo se entristeció, á los principios, pero sacudiendo despues la pesada melancolía de su ánimo, cobró nuevas fuerzas y se afanaba en reconquistar la benevolencia de la ingrata, para lo cual puso en juego todas las mañas del amor.

¡Pobre joven! Ignoraba que tenía dos terribles adversarios: su *eursilería* y la gallarda apostura de César. El combate sería, pifes, desigual: no obstante, puso sobre el tapete la cuestion, y se resignó al fallo del destino.

Como se vé, tratábase de una lucha recia y empeñada, de un duelo á muerte, en que debía besar el polvo uno de los combatientes.

Felicia, fascinada por la aristocrática elegancia de César, perdió el derrotero de su razon, de lo cual resultó, por de contado, que la extraviada niña, sin advertirlo, hallóse en los tropicales mares del amor, perdido el rumbo y vagando á la ventura, cual si estuviese loca la brújula de su conciencia.

Una noche se encontraron, delante de su dama, los dos caballeros. Felicia, ya lo hemos dicho, se moría de amor por César, mas sus castos labios, cual si opusiesen todavía alguna resistencia, siquiera la resistencia del pudor moribundo, á los apasionados latidos de su corazón, no osaban, débilmente plegados, delatar sus amorosas ansias.

César, con los ojos radiantes de pasion, abrazaba el alma de la doncella y adivinaba, en la turbacion de la niña, el próximo triunfo de su corazón. El pobre Jacobo, poseido de la cohorte infernal de su amor, sus celos y su desesperacion, desatóse en denuestos contra Felicia y César, á la manera que el huracan sobre los bosques.

César, sordo á las amenazas y blasfemias de su rival, enlazaba, entre el aro de sus brazos, á la hermosa niña, la cual arrobada de placer y suspendida de las enamoradas palabras del cebo, le miraba dulce y suavemente, con las mejillas encendidas no sé si de rubor ó de júbilo, entornados con languidez los ojos y desmayada el alma de tierna voluptuosidad.

De repente sepáralos Jacobo, los mira fijamente, dirígese á Felicia, le toma la mano y le dice:

—¡Felicia! Elige, ahora mismo, entre César y yo.

A este imperioso mandato contesta César, lleno de arrogancia:

—¡Que elija! No ha lugar á la eleccion. Ha mucho tiempo que yo la he ganado.

—¡Caballero! replica Jacobo. Ella y sólo ella debe decidir.

—Pues bien, exclama Felicia, César tiene razon. A él, á nadie más que á él, amo y amaré.

Estaba de Dios: Felicia no quería ser *jacobina*, sino *cesarista*.

Jacobo, al escuchar de los labios de la *traidora* su sentencia, se alejó de los amantes, guardando, para el siguiente día, su desquite, esto es, su venganza.

Y, en efecto, se vengó, á las mil maravillas.

No quiso matar á los infames con ninguna arma de fuego ni blanca; pero á Narcisa le dió muerte con una arma *negra*; y á César le asesinó en una alevosa celada.

Envio á la pérfa un ejemplar de *La dalia negra*, y ¡oh fatalidad! como dicen los franceses, la desdichada joven falleció á los pocos dias, y, ¡en Güines! lectores de mi vida, que es la más *negra*.

En cuanto á César, le suscribió con inusitado ensañamiento, á cierto *papelucho*, escrito con los piés. El mancebo bajó á la tumba (sin satisfacer la cuota del primer mes) á consecuencia, segun dictámen facultativo, de los *puntapiés* que recibió, al leer el aludido papel, en el mismo sentido comun.

¡Horrible venganza, fatídica como la inscripcion de Babilonia!

Amantes burlados, nada de puñales ni venenos. *La dalia negra* y el *papelucho* referido deben ser vuestras armas de venganza. Os garantizo el resultado.

—

El partido moderado cuenta con un nuevo paladin, el duque de Almenara Alta, ántes duque del Monasterio.

Se estrenó el duque en las Cortes, pronunciando un discurso en defensa de la intolerancia religiosa.

Los periódicos de Madrid tributan elogios al nuevo orador por su palabra brillante y sonora.

Yo he leído el discurso del duque: me ha gustado la forma, pero no el fondo, que se parece mucho al fondo de un monasterio. Y ya se sabe que en el fondo de un monasterio no se encuentra sino monjas, monjes y muchos milagros.

Por lo demás, el *doble duque* será una futura gloria de lo pasado, dicho sea con la mayor claridad.

—

Dice el corresponsal del *Diario de la Marina* que Francia ganaría mucho con la dimision que Víctor Hugo piensa presentar de su cargo de senador.

Y digo yo que más, mucho más, ganaría el apreciable colega, declarando *cesante* á su aludido corresponsal.

—

Post scriptum.

El telégrafo submarino nos ha comunicado la triste nueva de haberse suicidado el ex-sultán, nada ménos que á tijeretas!

Pero el monárquico suicidio tiene una explicacion muy admisible. El Sultán se diría ¿me han depuesto para privarme de mis *turcas*? Pues en el sérmo cielo, holgaré con las tijeras.—Y

*“Tiro el turbante al suelo,
y haciendo así un molin.....”*

agarró las tijeras, encomendándose á la benevolencia de Alah, se pinchó las venas de los brazos y murió, á la oriental, que es exactamente lo mismo que morirse como todo el mundo.

La civilizacion ha perdido un entretenimiento, el orden un *Serrallonga*, la monarquía una magestad; y yo he perdido las ganas de seguir escribiendo acerca del que fué, en vida, lo que será su inmediato sucesor: un monarca muy mono.

ABDERRAHMAN.

Zampa en Tacon.



EL BELLO SEXO.

Zampa en Tacon.



EL SEXO FEO.

SABINA.

I.

Adriano, emperador romano, mezcla de vicios y de virtudes, de ciencia y de ignorancia, y á quien sus aduladores llamarían grande, pio, augusto, vencedor, &c., y á quien yo, como buen ó mal novelista, tengo derecho á tutear, tenía una mujer hermosísima, que se llamaba Sabina. Nieta ó sobrina de Trajano, éste la casó, por consejos de su esposa Plotina, con el voluble y futuro emperador, y, á no efectuarse este matrimonio, la interminable lista de crímenes del género humano, tuviera uno ménos de que avergonzarse.

Andan discordes los historiadores acerca de la célebre Julia Sabina: pues al paso que unos la tienen por libertina y viciosa, otros, y son los más, la consideran modelo de virtudes públicas y privadas, y ejemplo de esposas obedientes.

Matrona romana, de incomparable hermosura, quizás tendría los ojos azules, como un tipo de Lamartine, ó quizás negros, como el luto que vistió su corte por su prematura muerte. Quizá con aquella elegancia peculiar á las mujeres romanas, llevaría con gusto la «estola» la palla y la mitra, que así respectivamente se llamaban un manto talar, un capotillo y la cofia, que con el *indusium* ó túnica interior y el *fiammeo* ó velo negro de la cabeza, constituían el traje de una mujer de aquellos tiempos.

II.

Corría el año de 130 de J. C. (¡Ya lleva fecha!)

Adriano, después de sus interminables viajes y sangrientas guerras, descansaba en su preciosa quinta de Tivoli, que había adornado de una manera portentosa. Los objetos de mejor gusto, que había visto en los países que visitó, embellecían aquella mansión de delicias, donde vivía el sucesor de Augusto, enervado por continuos placeres. Loco de amor por el joven Antinoo, y dedicado siempre á la lectura del «Arte de amar» de Ovidio, solo tenía desprecio y hastío para su bella esposa la emperatriz Sabina. Dedicado á la magia, profectizó su próximo fin, y ajena su alma á todo sentimiento levantado:—No quiero, le decía, que tengas el consuelo de ser mi viuda.

III.

Sabina soportaba con paciencia el desprecio de su vicioso marido, y, contenta con su esterilidad, daba gracias al Olimpo, que no le había concedido el placer de ser madre.—Si yo tuviera un hijo, exclamaba, sería la vergüenza y el baldón de la humanidad.

Una noche, que los esposos se hallaban con varios convidados cenando suculentemente, y al estilo de por entonces, entretenidos, mientras comían, oyendo la lectura del «Scipion» de Emlio,—el poeta favorito de Adriano:

—Bebe, Sabina,—dijo éste á su esposa, presentándole á beber un líquido en una copa de oro cincelada,—bebe este sabroso licor, que es verdadero néctar de Baco.

Sabina, descuidada de la perfidia de su marido, bebió todo el contenido de la copa. Era este un activo veneno, compuesto del zumo de varias plantas raras, entre ellas una que, coincidencia singular! es conocida hoy día con el nombre de la *sabina*.

La emperatriz fué, poco á poco, perdiendo las fuerzas y conociendo entonces, con su imaginación de mujer el engaño infame de que había sido víctima:

—Me has matado,—dijo al emperador, que frío é impassible veía desaparecer el fuego de los preciosos ojos y la rosa de las puras mejillas de su esposa;—has hecho, continuó Sabina, lo que sólo estaba en la mano de los dioses, y has hecho mal, porque yo te amo!

Y, besando las manos de su asesino, murió pronunciando el nombre de Adriano.

IV.

El emperador, aunque tarde, se arrepintió del crimen espantoso que había cometido y lloró á la hermosa mujer, entre cuyos brazos había descansado, en más de una ocasión de sus arduas tareas; y, Pontífice Máximo y dueño de la religión de aquel pueblo idólatra, le decretó una apoteosis y honores divinos.

Adriano, triste y arrepentido, sobrevivió pocos años á su desgraciada esposa Sabina.

MALEK.

ECOS DE MDRID.

PASEO LIGERO ALREDEDOR DE LA EXPOSICION DE BELLAS (POR DECIRLO ASI) ARTES.

IV.

ESCULTURA.

—Estatua de Hernan Cortés.
—¡Hombre, qué graciosa es!

—Otro Hernan Cortés, clavando la Santa Cruz sobre el ara.
—De esos dos conquistadores, ninguno conquista nada.

—Cogida de un picador.
—Hay movimiento y hay vida en ese cuadro de horror.
Hallará buena acogida la cogida de este autor.

—Mefistófeles y Sichel, Valentin y Margarita.
—Son personajes del Fausto.
—¿Sí? Pues nadie lo diría.

—Cain con remordimientos.
—Con remordimientos, sí.
Al ver la cara que tiene no hay quien no diga: Cain!!!

—Abel muerto.
—¡Pobrecito!
Si su hermano le mató, no ha conseguido en la estatua darte vida el escultor.

—Fé, Esperanza y Caridad.
—Este es un grupo santísimo; pero aunque con tres virtudes no se halla exento de vicios.

—Cabeza de un catálan notable por la expresion.
—Y diga Vd. por qué causa le habrán dado ese color?

—Un soldado herido, en yeso.
—Nadie lo puede dudar: está el infeliz soldado herido de gravedad.

—Cristo yacente.
—Se ve quietud en él y reposo.
¡Hermoso es el Cristo á fé!
—Tal vez demasiado hermoso.

—Manola en barro cocido, poco graciosa en verdad.

—Siendo de barro la estatua, no es fácil que tenga sal.

—Criterio de verdad.

—Precioso grupo:

en dos figuras de especial valía, juntar el autor supo belleza, inspiracion y poesia.

—Virgan de la Concepcion.
—Es de madera pintada, y aunque el autor es católico, no la concibió sin mancha.

—El despertar de una niña.
—El autor aquí demuestra que no es cierto aquel refran:
El que con niños se acuesta.....

—A Job en el muladar quiso el autor presentar con tan exacto cineel, que Job no llega á inspirar ganas de acercarse á él.

—El primer paso.
—No quiero más adelante pasar.
Señor Oms, no tiene pero: quien da así el *paso primero*, muy lejos ha de llegar.

BOABDIL EL CHICO.

FUCA DE MAURO.

Cuenta la crónica que *Cabeza de esponja* (a) *Mauro de Lecin*, al leer las memorias del discreto árabe *Miramamolín*, resolvió dejar en tranquilo bienestar á las bellas letras, tan ofendidas por él, y un curioso, que se interesa por el desgraciado *Maestro ciruelas*, hubo de seguir á éste en momentos en que, con la *esponja*, vulgo *cabeza*, en completo desorden, tomara la direccion del poético Capiro, y observó que el que tanto ha desazonado á la musas, se subió en la cúspide de la feraz montaña y, ocultándose (el curioso) detrás de unos breñales, pudo oír el siguiente soliloquio ó despedida del pretensioso *Mauro*:—¡Oh! despidiéndolo *Miramamolín*, cuán duramente me has tratado! ¡Fuerte fatal! Yo que me creía una lumbrera, el fanal villacelareño, el llamado á encontrar la cuadratura del círculo; yo, el hombre, que, después de cinco dolores, di á la vergüenza pública el parco más estupendo que registrarse pueda en los anales de la clínica, he visto desvanecidas mis torpes y atrevidas creencias, en ménos tiempo que canta un gallo; he visto que en la arena literaria siempre será un reptil repugnante, una de esas aves que hayen del día, porque su claridad les ofende el órgano visual.

¿Por qué me lancé á retar en descubierta lid á los sectarios de *Mahoma*? ¿Por qué no me muero de pesadumbre, al recordar las injurias que he propinado á la lógica, al sentido común y al buen hablar? Pero, ya que tan justamente y como á los traficantes de la Biblia, se me expulsa del templo de las musas, cuyas puertas he hecho cerrar con el eco de mis improperios, me resigno, (y que no es poco decir) á abandonar las columnas de *El Alba*, «sin embargo de que tengo una cabeza demasiado grande», y cual otro Diógenes buscaré, no un tonel como el célebre filósofo, sino un barril de basura, para embutirme en él y pasar mis días, lejos del *fauto populoso y vano*.

¡Adios, Villacelara hermosa, con tus murallas de guano! ¡Adios, Alba querida, dorada jaula

donde lancé mis primeros y últimos chirridos literarios, en consorcio con el inspirado y fecundo Raoul (no el de *Los tres Mosqueteros*). ¡Adios, mis queridas ilusiones, mi estropeada guataca, por otro nombre pluma! me separo de todos vosotros, triste y quejumbroso como "el pitirre que pierde su nido en el ponasi": me retiro con mis cinco dolores y con mi prole, alimentando la esperanza de encontrar por esos trigos un Mentor que me guie por el sendero que conduce á la fábrica donde se hacen los literatos que he pretendido imitar: nada me llevo, y os dejo mis esperpentos para que sirvan de coco á los chiquillos. ¡Mi mision está cumplida!....."

La atribulada ciudad que se deja lamer los piés por el murmurante Bético, está de pláceme, y con ella el sentido común, porque la retirada de Cabeza de esponja del campo de las letras, es un asunto de interés público que evita que sobre la patria de Conyedo, el dios Júpiter, irritado, fulmine más rayos que artículos ha parido el desdichado Mauro de Lecin.

ALICATES.

GRANADA.

Bajo un cielo de limpidos colores
y en los repliegues del audaz Veleta,
álzase una ciudad donde el Profeta
el nido colocó de los amores.

Préstale su perfume bellas flores;
su tranquilo murmullo, el aura inquieta;
tiernas trovas, el genio del poeta;
y su dulce cantar, los ruseñores.

Dauro y Genil en límpida corriente
reflejan á la Alhambra celebrada,
sublime hechura del Islam potente.

Y en la noche tranquila y despejada,
óyese murmurar en son doliente
una voz que repite: "¡Ay, mi Granada!"

JUSSEF.

Málaga, 1875.

CANTARES.

No dañes la honra ajena,
Porque te expones
A que hieran la tuya,
Mal que lo estorbes.
Hasta la hormiga,
Si le oprimas el cuerpo,
Se vuelve y pica.

El delator camina
Sobresaltado,
Porque miedo le infunden
Sus mismos pasos.
Al ver su sombra,
Otro cuerpo y no el suyo
Cree que la forma.

Las ofensas perdona
De tu enemigo,
Que no es de pecho noble
Ser vengativo.
Si tal observas,
Vencerás al contrario
Con la prudencia.

Cuando razon tuvieres,
Habla, no temas;
Callar en tales casos
Es una mengua.
Mas si conoces
Que defiendes lo injusto,
No te desbordes.

ADEFAG.

ARABESCOS.

Entre los periódicos que, fuera de la Habana, se publican en Cuba, nos ha llamado la atención, desde que principió á ver la luz, *El Progreso* de Cárdenas, tanto por el interés y cordura con que trata todas las cuestiones endereadas al bien de esta rica provincia española, cuanto por el exquisito esmero que se nota en su redacción.

Dedicado *El Progreso*, que justifica perfectamente su título, á trabajar por el adelanto de aquel distrito, donde la agricultura produce bienes sin cuento, inserta á menudo en sus columnas provechosos escritos, en los que, ciñéndose á las más convenientes y modernas prescripciones de la ciencia agronómica, indica lo que debe adoptarse en este país, á fin de conseguir los mejores y más abundantes frutos.

Sin duda que tal servicio es uno de los mayores que presta el apreciable colega á sus abonados; pero tambien puede asegurarse que éstos no serán tantos como él merece, para llevar una vida exenta de apuros y privaciones.

Digo es *El Progreso* de una decidida protección, y á fin de que la consiga le ayudamos con nuestro humilde voto, si de algo puede valer.

Una revista musical, llegada por el último vapor correo español, nos proporciona las siguientes noticias:

La ópera *Gioconda*, del maestro Ponchielli, ha alcanzado gran éxito en el teatro de la Scala, de Milan. El autor fué llamado veinte y siete veces á la escena, en la primera representación.

La *Juana d' Ara*, de Menet, ha obtenido en París mediano éxito. Todos los periódicos artísticos de aquella capital, están conformes y convienen en que falta inspiración al autor, que no ha estado en la composición de su última obra á la altura de *Rolando en Roncesvalles*.

En el teatro de la Ópera cómica de París se ha efectuado la representación 1.362 de *La Dame blanche*, de Roseldieu.

La última opereta de Lecocq se ha representado en el teatro de *Folies dramatiques* más de seiscientos veces.

Ha hecho fiasco en Venecia la ópera *Lia*, del maestro Selura.

Los periódicos de Manila, correspondientes á Marzo último, traen noticias acerca del Sultan de Joló, á quien el gobierno español acaba de apretar las clavijas, por ciertas piraterías y varios atropellos, cuya relación suprimimos, por ser ya conocida de nuestros lectores; pero no omitiremos los datos que á uno de aquellos apreciables colegas ha proporcionado un individuo de su confianza, respecto al personaje aludido.

"El Sultan de Joló, dice, tendrá ahora de 28 á 30 años; su presencia es vulgar y poco agradable; su estatura mediana; enjuto de carnes; color pronunciadamente cobrizo, y vésele demacrado por el uso del *antón* y el abuso de otra clase de placeres, lo cual le hace torpe en el hablar, lánguido y como extenuado en sus movimientos, y falta de la energía moral y del vigor físico necesario para dominar un país y una raza salvaje, en la que la autoridad de los *dattos* tiende muchas veces á sobrepujar á la del Señor del territorio.

"La inteligencia de este hombre se halla dormida; no ha brotado de ella ningún destello que revele al hombre digno de regir los destinos de todo un pueblo; y en su miserable palacio, rodeado de los farautes que constituyen la corte de sus servidores, y de los cuales uno le lleva el *kris*, otro la caja del *buyo* y otro el

payo, parece llevar la vida embrutecedora del deleite, siendo tal vez por su falta de iniciativa y de resolución el primer enemigo de su hacienda y de su país.

"El Sultan tiene su residencia ordinaria, el asiento de su corte, su consejo, en Joló; pero reside á veces largas temporadas en el interior, en la vertiente de uno de los varios montes que forman la cordillera central de la isla, donde se sabe posee la mayor parte de su hacienda personal, compuesta de extensos sembrados, numerosos frutales, ganado en abundancia, y una gran *cotta* que ocupa una posición tenida entre aquella gente por inexpugnable, y á la que se llega al través del bosque por sendas conocidas solo de los moros: esta es la última trincherera del poder supremo de la sultanía.

"Este Sultan con facha de pordiosero, ni sa-gaz como político, ni valiente como hombre de guerra, ni hábil como gobernante, ni justo como administrador de su territorio, entregado á la molicie y confiando los destinos de su país á media docena de astutos y voraces *dattos*, que minan sordamente la influencia moral de su autoridad y que le promueven á veces intestinas y sangrientas discordias, este Sultan, decimos, no merece más que el desprecio de un pueblo tan grande, tan heroico, tan noble como España."

Algo, muy poco, de gramática castellana.

Se ha averiguado que el guion—, usado como *cuna* (*sic*) es una imitación francesa.

Asimismo se ha descubierto, después de prolijas investigaciones, que nuestros clásicos, nunca usaron de tal *adherencia*, el guion.

Tambien se han mandado suprimir del idioma castellano los gerundios, adverbios en *mente*, puntos suspensivos y superlativos.

Después de esto ¿quién se atreve á escribir? Solamente el más sabiendo de nuestros escritores, *Panchito el Enano*.

Y en paz.

Louis Blanc, uno de los más ilustres jefes de la democracia radical francesa, ha tenido el dolor de perder la virtuosa compañera de su vida.

El duelo del célebre tribuno es tan grande, que se teme por su existencia. Lo creo, porque Louis Blanc posee toda la nobleza de sentimientos que falta á sus detractores.

Berrea, por esos trigos, buscando pasto á su voracidad, un *criticastro* vergonzante é ignorante, que son apropiados consonantes, el cual echa plantas de escritor castizo y de profundo conocer de la lengua castellana.

Pues ¡admírense todos! ese Zoilo juzga que se puede conocer á fondo el idioma español, sin saber una jota del latín.—Bien es cierto que dice la gente: *mujer que sabe latín, no puede tener buen fin*: con lo cual excuso comentarios.

Noticia trascendental.

El Príncipe de Gales ha partido, hace algunos días, de nuestra Madre Patria; y, según *Edicia*, la escritora *intima*, en uno de los bailes con que, se le obsequió bailó muy bien.

Es conveniente que los príncipes sepan bailar, para que no les cojan de nuevas los *bailoteos* del poder.

Y pido indulgencia para este insulso arabesco.

El fuego del amor arde, aun en los corazones ateridos por el invierno polar de la ancianidad.

Digo esto, porque un octogenario acaba de

prenderse de una graciosa niña de quince años; la niña corresponde á su cariño.

Lo particular sería que la muchacha no quisiese al anciano, que posee más miles de pesos que años.

El amor obra prodigios y el dinero monstruosidades, y en algunas ocasiones metamorfosis capitales.

A la amabilidad del Sr. Dr. D. Eusebio Valdes Dominguez, debemos un ejemplar de su obra, que acaba de publicarse, titulada: *Idea del derecho individual y social, estudiado en su naturaleza filosófica, en algunas de sus manifestaciones civilizadoras y en la organizacion y supremacia del Estado.*

Dámosle las más expresivas gracias por su obsequio, debiendo manifestar, al mismo tiempo, que ese libro es digno de ser recomendado á todos los amantes de la ciencia.

Corren rumores respecto á la próxima salida de *El Torbellino*, periódico teatral que redactarán varios jóvenes de buen humor, alguno de los cuales es muy conocido en la república de las letras.

Justicia para todos, será su lema. Al bueno, aplausos; al malo, garrotazo y tente tieso.

Nota importante.—No se imprimirá en la *Botica de Santo Domingo*, para no oler á asafétida, como *La dalia negra*.

Acompañado de atenta comunicacion, hemos recibido un ejemplar del *Reglamento del Batallon de Orden Público*, aprobado por la Capitanía General.

A tal fineza, debida al Sr. D. Manuel Asensio, primer jefe del citado cuerpo, correspondemos con la expresion de nuestro agradecimiento.

Los diarios habaneros del martes último, dan la noticia de haberse arrojado un presidiario, desde la galería del hospital al suelo, quedando muerto en el acto.

¡Desgraciado!

¿Acaso la falta de libertad le indujo á tomar tan funesta determinacion?

¿Habría leído tal vez *La dalia negra del cementerio de Güines*?

¿Quién sabe!

Nuestro apreciable caricaturista, el afamado Landaluze, ha hecho borrar su nombre del frontis del *papelucho de Panchito el Enano*.

¡Pues no faltaba más!.....

Y el remedio llegó á tiempo, porque la lámina que trae el boticario colega de *El Pincel Habanero*, puede arder en un candil.

Tal para cual. La parte artística debe corresponder, en mérito, á la literaria.

Preguntaron á uno:

—¿Qué te gusta más, una corrida de toros ó una carrera de caballos?

Y él respondió:

—Hombre: una corrida de toros, porque participa de las dos cosas.

Entre dos niños.

—¿Qué buenos son los mangos!

—Yo no los he probado este año.

—¿Por qué?

—Porque mamá, aunque están maduros, que yo los veo, siempre me dice que *están verdes*.

Nuevo modo de conjugar el verbo *armarse*, segun *Pasquino*, revista dominical italiana:

Presente de indicativo.

Rusia.—Yo me armo.

Austria.—¿Tú te armas?

Prusia.—¿El se arma!

Montenegro y Servia.—Nosotros nos armamos.

Turquía.—Vosotros os armáis.....

Italia.—Aquellos se arman.

La continuacion se dará á fines de Julio próximo.

En casa de Narciso Mestre.

—Chico, ¿en qué postura me retrataré?

—Retrátate en el acto de pronunciar un discurso.

—¿Para qué?

—Para que todo el mundo, al ver el retrato, exclame: “¡Si está hablando!”

Esta noche tendrá lugar un gran baile, en la sociedad benéfica y de recreo que se titula “La Caridad,” barrio del Cerro.

Los productos de esa fiesta se destinan á los fondos de un colegio de niñas pobres.

Ademas de divertirse, pueden hacer una obra buena los amigos de la danza, y creemos que no se negarán á ello.

De Cresje para beneficio,
Aunque llovió hasta no más,
En Tacon se puso anoche
El proceso del Can-can.
Hizo alarde *Seguidilla*
De su gracia y de su sal;
Terpsicore agradó poco;
La Polka perdió el compás,
Y la vetusta *Pavana*
Promovió la hilaridad.
Aplausos ganó el *Bolero*,
Porque estuvo muy *barbican*.....
¡Ay, qué *Rondalla*, señores!
Pero ¡qué *inglés* tan cabal!
Bailó con garbo el *franchute*,
Y ¡cantó lo mismo?..... ¡quía!
Y por gustar se esmeraron
La Quintana y los demas.....
Ventas de Cárdenas hubo
Poco despues, y en verdad
Que se portó el agraciado
Como él se sabe portar.
Má: tarde, *Fuego en guerrillas*
Hicieron, como final,
Para bien de la Moriones
Y desdicha de Guzman,
Pues ella consiguió aplausos
Y él una burla sin par,
Tambien Carreras se hizo
Merecedor de otra igual,
Porque ese artista *gracioso*,
Cuando tiene que imitar
El lenguaje de los hijos
De la tierra de la sal,
En su decir detestable
Parece un negro *gangá*.....
Y aquí da fin el sainete:
¡Salud y fraternidad!

Es digno de aplauso y loa
Torrecillas: ¿quién le gana?
Si bien se porta en la Habana,
Mejor en Guanabacoa.

Aquí atiende á lo que priva,
Poniendo dramotes fieros
Y allá recoge dineros
Con *La pata de la chiva*.

Ni de noche ni de día
Descansa el buen Baltasar
Y le sabe secundar
Su estudiosa compañía.

Por eso, amado lector,
No es justo que te resistas
A prestar á esos artistas
Tu decidido favor.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Camaradas, quiero cumplir un deber de justicia, rectificando lo que dije en nuestra conversacion anterior, respecto al nuevo Sultan de Turquía. Manifesté entonces que ese monarca regiría su imperio bajo el mismo sistema político que su antecesor, y el cable trasatlántico se ha encargado de desmentirme. ¡Admiraos, compañeros! El sobrino de Abdul Asiz se aviene á gobernar su país constitucionalmente.....

Todos.— ¡Bravo, bravísimo!.....!

EL MORO MUZA.—Se conforma con la reduccion de la lista civil.....

FERDUSI.— ¡Bien, muy bien!.....!

EL MORO MUZA.—Decretará la abolicion del Serrallo.....

ABEN-ADEL.—No estoy de acuerdo. Yo aumentaría el número de mujeres.

EL MORO MUZA.—No digas disparates, deslenguado. Cuando se trata de mujeres, siempre se te va la cabeza á pájaros.

ABEN-ADEL.—Pido á usted perdon, querido presidente; y al mismo tiempo le ruego me dé su parecer, acerca de los *cantares* del buen *Ad-fag*, que han de publicarse hoy en nuestro semanario.

EL MORO MUZA.—No tengo inconveniente en decir que esas seguidillas son muy bonitas, y que *Mauro de Lecin*, su compinche *Raoul* y demas miembros de la *cofradía sinsontil* de Santa Clara, no son capaces, aunque se constituyan en sesion permanente, de confeccionar versos tan sentenciosos, pulidos y correctos como los de que se trata..... Pero dejemos eso á un lado, para hablar de teatros y otras diversiones, circunscribiendo la charla al anuncio de las funciones que han de verificarse próximamente, pues hay muy poco espacio de que disponer, segun participan D. Félix y D. Liborio.

ALMANZOR.—¿Y quiénes son esos individuos, de los cuales el segundo tiene nombre de personaje de comedia?

EL MORO MUZA.—Son, respectivamente, el cajista que está encargado de la composicion de nuestro semanario y el regente de la imprenta del “Directorio.” Por cierto que el primero acaba de perder á su querida abuela, sensible acontecimiento por el cual le doy el más sincero pésame.

SOLIMAN.—En cambio, ese aplicado discípulo de Gutenberg, tendrá de hoy en adelante, por lo mismo que se ha quedado sin abuela, el derecho de elogiarse, sin escrúpulo.

EL MORO MUZA.—¿Piensas acaso, que todos son como el jactancioso y pueril *Panchito el Enano*?... Vamos, dime que zarzuelas se representarán en Tacon, hoy y mañana.

SOLIMAN.—Esta noche, *Adriana Angot*; mañana domingo, *Zampa*.

EL MORO MUZA.—¿Y en Albisu?

SOLIMAN.—En Albisu habrá lo siguiente:—Sábado: *El terremoto de la Martinica*.—Domingo: *El máscara de hierro*.—Lúnes: *El terremoto de la Martinica*.

ALMANZOR.—¡Agarrarse, caballeros!

EL MORO MUZA.—¿Se habla algo de toros?

FERDUSI.—Sí, señor. Tengo noticias de una gran corrida que se verificará el domingo 18 del corriente.

EL MORO MUZA.—Tiempo habrá de tratar de eso en nuestro número próximo. Ahora voy á dar fin á la charla, asociándome á la idea emitida por *La Voz de Cuba*, y secundada por *El Diario de la Marina*, respecto á dar una funcion dramática, á beneficio del celebrado poeta Narciso Serra.